



**LUIS RUBIO**  
@lrubiof

En el siglo XX, México logró una gobernanza efectiva porque construyó una institución que le hizo funcionar, pero no se ha dado en el XXI.

# La institución

¿Cómo explicar el siglo XX mexicano? El siglo inició con un gobierno que se había prolongado casi tres décadas y concluyó con una elección democrática; el país experimentó una cruenta revolución que dejó más de un millón de muertos a su paso; luego de la guerra civil vino la guerra cristera; los albores de una reorganización política; y el crecimiento de la economía, el desarrollo estabilizador y las crisis económicas. O sea, fue un siglo en que hubo de todo: bueno, malo y regular. Aunque muchas naciones del hemisferio y de otras latitudes experimentaron situaciones similares, lo que distinguió a México fue su excepcional capacidad para preservar la estabilidad política.

No guardo nostalgia alguna por el siglo XX, pero entender sus características —aciertos y defectos— es indispensable para explicar nuestra realidad actual, y también para apreciar y reconocer las virtudes e errores de quienes entonces gobernaron. Hubo de todo. Si uno mira hacia el sur, el contraste con México a lo largo del siglo pasado es revelador. No es del todo inconcebible que, de haber evolucionado de una manera distinta, México habría acabado experimentando gobiernos dictatoriales o militares (a diferencia de uno autoritario).

La gran constante del siglo XX mexicano fue el partido que surgió de la gesta revolucionaria y sin el cual sería inexplicable el México de entre los treinta y el 2000 y, sin duda, también el de hoy, para bien y para mal. Fue el PRI, en sus tres momentos, la institución que pacificó al país, le confirió estabilidad política e hizo posible el crecimiento de la economía, facilitando la evolución que culminó en el siglo XXI.

La pacificación y estabilización no fueron procesos simples, pacíficos o siempre amables. Desde su creación, el objetivo del PNR en 1929 fue someter a los liderazgos de partidos, facciones y agrupaciones políticas a una disciplina institucional que impidiera la violencia política en los procesos de sucesión luego del asesinato de Obregón. Algunos líderes se sumaron de inmediato, en tanto que los que no aceptaron las nuevas reglas acabaron pagando las consecuencias. El sucesor, el PRM (1938), prosiguió con el proceso de institucionalización al incorporar a las organizaciones campesinas, sindicales, populares y militares dentro del partido, con el mismo objetivo.

Cuando se formalizó el PRI

(1946) ya con tres sectores perfectamente definidos (campesino, obrero y popular) y un ejército profesionalizado, surgió una institución que tuvo la capacidad de procesar el conflicto político, canalizar demandas sociales, ejercer disciplina y, en conjunto, conferirle certidumbre, estabilidad y continuidad política al país. Fue esa institución la que hizo posible absorber los costos de las diversas crisis (políticas, económicas, financieras y electorales) que se presentaron a lo largo de las décadas, sobre todo entre los cincuenta y los noventa. Sin el PRI, México seguramente habría seguido un camino muy distinto. Desde luego, la institucionalización y la disciplina vinieron a costa de la democratización de la vida política que otras naciones al sur del continente experimentaron antes que México y, quizá, de una manera más sostenible y duradera.

Tal vez lo más notorio de la era del PRI fue la formación de una clase política profesional que sigue siendo, bajo diversos matices, la que domina el panorama nacional. El “reino” del PRI, ese PRI, concluyó cuando se “divorcia” de la presidencia al perder las elecciones en 2000. No podía haber sido diferente: más que un partido político, el PRI era una institución, un sistema de control y un factor de continuidad. Su derrota en 2000 lo convirtió en un partido común y corriente que no logró reorganizarse para sobrevivir y trascender bajo otras reglas y circunstancias.

Muchos ex-priistas militan y son líderes importantes en el partido gobernante, Morena, que no deja de ser un “movimiento” con características radicalmente distintas al PRI del siglo XX. Morena podrá preservar su hegemonía por algún tiempo, pero nunca podrá desempeñar la función nodal que caracterizó al PRI en su era. Y ese es el asunto clave para Morena y para México. Morena no es una institución ni contribuye a la gobernabilidad del país. Vaya, ni siquiera sirve para aprobar las iniciativas que envía su propia presidenta.

El gran déficit de México (y de Morena) es la gobernanza. El PRI fue la espina dorsal de la gobernanza a lo largo del siglo XX, asegurando que tanto presidentes há-

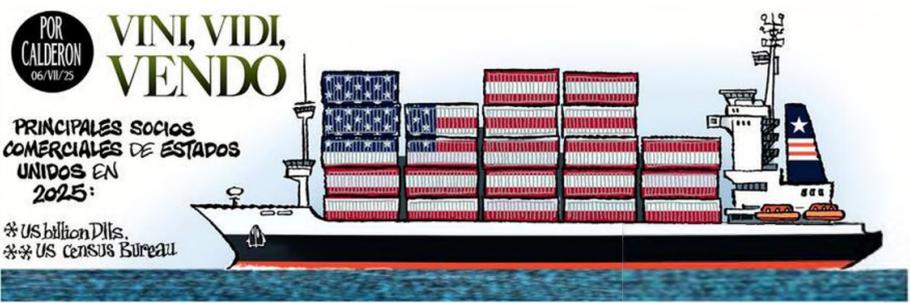
Cuando se formalizó el PRI (1946), surgió una institución que tuvo la capacidad de procesar el conflicto político y ejercer disciplina.

biles como torpes pudieran gobernar y adaptar al país a los tiempos cambiantes. Sin embargo, aunque muchos añoran la recreación del PRI en la forma de Morena, la era de los partidos hegemónicos y en control

absoluto ya pasó a la historia.

Independientemente de las estructuras o prácticas internas del PRI de antaño (mucho más activas y vigorosas de lo que se cree) éstas serían incompatibles con un esquema (cada vez menos) democrático como el que vive el México de hoy. Pero eso no quiere decir que el país haya resuelto su problema de gobernanza, factor que impide su recuperación económica y su estabilización política. Y eso no se resuelve con controles autoritarios o espionajes digitales.

En ausencia de un nuevo esquema institucional, idóneo al siglo XXI, la propensión al estancamiento será inevitable y peor en la era de Trump.



Los más pobres en EU, los migrantes y la economía mexicana pagarán el costo del presupuesto de Donald Trump.

# ¿Quién gana?

El presupuesto de Trump recién aprobado es muestra de su poder y reflejo de sus prioridades. Su primer objetivo es refrendar la reducción impositiva del 2017, que expiraba a finales de este año. Beneficia sobre todo a los más ricos. Lo justifican con el argumento de que generará más crecimiento y por tanto más recaudación. No fue así cuando se hizo la reducción en el 2017. Pero es lo de menos, el megáfono de Trump convencerá a muchos de sus virtudes.

Para compensar en parte la baja en los más pobres la recaudación, se requieren recortes al apoyo alimentario y al seguro médico gratuito (Medicaid). Esto dejará sin cobertura a unos 17 millones de individuos pobres o con discapacidades.

Ni siquiera dejando de gastar en los más pobres las cuentas salen. Una parte del costo la pagarán futuras generaciones con un mayor déficit público. Es lo fácil para todo gobierno que sólo se preocupa por el corto plazo. El presupuesto de Trump costará unos 34 billones de dólares de deuda adicional en 10 años. Uno de los rubros que más crecerá en los siguientes años es el servicio de la deuda. Suena conocido.

Según las encuestas, es un presupuesto con bajo apoyo popular. Pierden los más pobres, pero Trump le apuesta a que esto no tendrá un costo político alto, pues votan menos que el resto de la población y tienden a hacerlo por los demócratas.

En su libro *Outclassed*, Joan C. Williams explica el enojo de la clase media por su precarización y sentimiento de abandono por los demócratas tras la firma del TLCAN y el acceso de China a la OMC. Esto aceleró la destrucción del empleo industrial en estados del medio oeste norteamericano. La clase media en Estados Unidos la componen obreros industriales o con trabajos similares que ganan salarios decentes, cuentan con cierta seguridad laboral y reciben seguro médico por parte de su patrón. Los liderazgos demócratas provienen de clase media alta, preocupados por avanzar

en una agenda progresista de derechos, el llamado *wokismo*. Les importa más transferir recursos a los más pobres que generar empleos bien pagados para las clases medias.

Trump le ha prometido a su base recuperar estos empleos con el alza de aranceles, en particular a la industria automotriz, al acero y al aluminio. Su presupuesto incluye dejar de gravar las propinas y las horas extras. El costo electoral dependerá de si funciona su doctrina económica.

Si bien los empresarios de Estados Unidos han estado bajo la incertidumbre del cambio de reglas, que explica en parte la disminución de las expectativas de crecimiento económico en nuestro vecino, ya les quedan claros dos temas: la significativa reducción impositiva a los dueños del capital y una profunda desregulación. Esto mantiene el optimismo de los mercados financieros, aunque falta resolver un tema central: el régimen arancelario futuro.

Pero no sólo de pan vive el elector. Hay otro tema importante para su base electoral: controlar la frontera sur y deportar indocumentados. El presupuesto asigna 170 mil millones de dólares para esta tarea. Equivale a casi el 80 por ciento de todo el gasto presupuestado para 2025 del gobierno federal en México. Esto incluye Pemex, IMSS, CFE... Van en serio.

Este va a ser el primer impacto para México. La migración como válvula de escape se hará muy estrecha y la vida para los mexicanos en Estados Unidos se complicará aún más. Las remesas han tenido ya una caída interanual del 4.6 por ciento. El mundo de cero aranceles entre las dos economías ya se terminó. Quizás nos vaya menos mal que a otros países, de lograr un mejor acuerdo tarifario como dicen en el gobierno que están negociando, pero igual pagaremos un costo en nuestro crecimiento, de por sí bajo. El dólar devaluado en el mundo encarece nuestras exportaciones y el creciente déficit público de nuestro vecino avizora costos financieros futuros más altos. Viene difícil.



**DE POLÍTICA Y COSAS PEORES**  
**CATÓN**  
afacaton@yahoo.com.mx

El artista que esculpió la Venus de Milo explicó: "La hice así porque nunca me han salido bien las manos y los brazos"...

# La estatua

Después de 50 años de casados don Acisclo le salió a su esposa con la peregrina novedad de que quería divorciarse de ella. “Pero, Chisco —se afligió la señora—. El día de nuestra boda prometiste amarme toda la vida”. “Es cierto —admitió él—. Pero no creí que íbamos a vivir tanto”... Se ha dicho que hay mujeres que cuando se saludan de beso son como boxeadores que chocan los guantes antes de empezar la pelea. De ese talante era doña Panoplia de Altopedo, perteneciente a la buena sociedad que a veces es tan mala. El duque Sopanela le hizo una invitación para tomar un té con pastas junto con su amiga Gules. En el curso del pisolabis el galante caballero le dijo a doña Gules: “Qué hermosos dientes tiene usted, señora mía. Me parecen una sarta de preciosas perlas guardadas en un estuche de peluche rojo”. Con una sonrisa venenosa doña Panoplia le sugirió a su amiga: “Sácate la dentadura, Gules, para que el señor duque pueda admirarla más de cerca”... Caperucita Roja le preguntó a su abuela, que estaba en la cama: “Abuelita: ¿por qué tienes los ojos tan grandes?”. “Para verte mejor” —respondió ella. “¿Y por qué tienes las orejas tan grandes?”. “Para oírte mejor”. “¿Y por qué tienes

los dientes tan grandes?”. Estalló la abuela: “¡Buena, cabrona!”. ¿Víniste a traerme la canastita o a criticar?... Ya conocemos a don Chinguetas. Es un casado que se cree soltero, y sigue actuando como si no perteneciera al numeroso contingente de los matrimoniados. Sucedió que él y su esposa fueron invitados a ser padrinos de bautizo de un bebé. La señora le dijo a don Chinguetas: “Los compadres van a comulgar en misa. Nosotros también debemos hacerlo. Ve a confesarte”. A querer y no el casquivano señor lo hizo. En el confesionario le dijo al padre Arsilio: “Acúsome, padre, de que he tenido trato de carnalidad con varias mujeres”. Inquirió el sacerdote: “¿Con cuántas?”. “Señor cura —replicó don Chinguetas—. De haber sabido que iba usted a preguntarme eso le habría pedido a mi contador que llevara la cuenta”... Doña Facilisa, mujer que no solía cumplir la promesa de fidelidad que le hizo a su esposo al pie del ara cuando se casó con él, estaba refocilándose con un nuevo amante en el mismísimo lecho conyugal cuando oyó que se abría la puerta de la calle. “¡Mi marido!” —exclamó con apuro. El amante saltó de la cama y dijo igualmente apurado: “¡La puerta de atrás!”. Le informó Facilisa: “¡No hay puerta

de atrás!”. Preguntó con tremulante voz el azorado tipo: “¿Dónde quieres que te haga una?”. “No hay tiempo para eso” —ponderó la pectriz. “El clóset, entonces” —sugirió el querido. “Tampoco hay clóset —dijo la mujer—. Mi esposo presentaba mis devaneos, y le prohibió al arquitecto que pusiera uno en la recámara”. “Estoy perdido, entonces —se angustió el sujeto—, y tu marido me hallará”. “No necesariamente —declaró Facilisa—. Ponte en aquel rincón, así desnudo, en actitud de estatua, y no te muevas”. Desconcertado, el hombre obedeció. Completamente en cueros adoptó la postura del Discóbolo de Mirón. La mujer lo cubrió de talco para darle apariencia marmórea. Entró el marido y vio la simulada estatua. Le preguntó a su esposa: “¿Y eso?”. Explicó ella: “¿Recuerdas que fuimos a la casa de los Chorrables y nos mostraron una estatua que habían comprado? Yo quise tener una igual, y compré ésta”. “Ya entiendo —aceptó el hombre—. Vamos a cenar”. Salieron, en efecto, pero a poco regresó el marido con una cerveza y media pizza de salami. Le dijo al supuesto Discóbolo: “Te traje esto, carnal. Cuando yo fui estatua en la casa de los Chorrables me pasé tres días sin tomar agua ni probar bocado”... FIN.